

## Intelectuales y esfera pública en la era de la posverdad\*

VICENTE DE JESÚS FERNÁNDEZ MORA \*\*

*Recepción:* 22.05.2025

*Aceptación:* 24.11.2025

*Publicación:* 20.12.2025

**Resumen:** La descomposición de las condiciones de emergencia y consolidación de la figura del intelectual moderno se sitúa en un terreno análogo, como causa/efecto, del proceso de desintegración de la esfera pública. Ambas han sido instancias fundamentales para la emergencia de la democracia y de los vínculos con la verdad y la objetividad que estableció la Modernidad. La deriva deslegitimadora de las dos instituciones ha recorrido trayectorias paralelas, sembradas por las rupturas y cambios sufridos por los medios de comunicación y por las impugnaciones dirigidas contra toda aspiración de valores universales llevada a cabo por el pensamiento relativista y la posmodernidad. Ambos caminos convergen en la era de la posverdad y la desinformación, a la que se enfrenta el intelectual, o aceptando su definitiva desaparición, o reacomodando su vínculo con la verdad a las nuevas condiciones de los espacios públicos digitales.

**Palabras clave:** Verdad/Posverdad; Intelectual; Esfera Pública Digital; Democracia; Medios de Comunicación.

**Resum:** La descomposició de les condicions d'emergència i consolidació de la figura de l'intel·lectual modern se situa en un terreny anàleg, com a causa/efecte, del procés de desintegració de l'esfera pública. Totes dues han estat instàncies fonamentals per a l'emergència de la democràcia i dels vincles amb la veritat i l'objectivitat que va establir la modernitat. La deriva deslegitimadora de les dues institucions ha recorregut trajectòries paral·leles, sembrades per les ruptures i els canvis soferts pels mitjans de comunicació i per les impugnacions dirigides contra tota aspiració de valors universals duta a terme pel pensament relativista i la postmodernitat. Tots dos camins convergeixen en l'era de la postveritat i la desinformació, a què s'enfronta l'intel·lectual, o acceptant la seva definitiva desaparició, o reacomodant-ne el vincle amb la veritat a les noves condicions dels espais públics digitals.

**Paraules clau:** Veritat/Posveritat; Intel·lectual; Esfera Pública Digital; Democràcia; Mitjans de Comunicació.

**Abstract:** The breakdown of the conditions for the emergence and consolidation of the figure of the modern intellectual is situated in an analogous terrain, as cause/effect, to the process of disintegration of the public sphere. Both have been fundamental instances for the

---

\* Este trabajo se enmarca en el Proyecto DESTERRA “Los sótanos de la desinformación: de usuarios a terroristas en la sociedad digital”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, ref.: TED2021-130322B-I00.

\*\* Ayudante Doctor, Área de Filosofía, Universidad de Huelva, España. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1983-0616> Contacto: [vicente.fernandez@ddi.uhu.es](mailto:vicente.fernandez@ddi.uhu.es).



emergence of democracy and of the links with truth and objectivity established by Modernity. The delegitimising drift of the two institutions has followed parallel trajectories, sown by the ruptures and changes undergone by the media and by the challenges directed against any aspiration to universal values carried out by relativist thought and post-modernity. Both paths converge in the era of post-truth and disinformation, which the intellectual must face, either by accepting its definitive disappearance, or by rearranging its link with truth to the new conditions of digital public spaces.

**Keywords:** Truth/Post-Truth; Intellectual; Digital Public Sphere; Democracy; Mass Media.

\*\*\*

## INTRODUCCIÓN

Los fenómenos de la posverdad y desinformación están causando inquietantes desestabilizaciones epistémicas y políticas en las bases de los que habían sido fundamentos de certeza sobre los que construir y transmitir el conocimiento y regular el pacto social que posibilitara la convivencia en los espacios plurales y conflictivos de las sociedades contemporáneas. Asimismo, se sitúa en este terreno de conmociones, como causa/efecto del proceso, la descomposición de las condiciones de emergencia y consolidación de la figura del intelectual moderno y de su función de conciencia crítica, privilegiada y mediadora, así como la certificación académica y mediática de su desaparición o de su prescindencia en las nuevas condiciones de las sociedades de consumo posindustriales. Finalmente, a la vista del panorama turbulento trastocado por la revolución digital y las redes sociales, la esfera de lo público vuelve a zozobrar como plataforma de sostén y posibilidad de lo democrático, y arriesga con su colapso, o con una transformación tan extremosa que sus consecuencias son impredecibles para la salud democrática.

Quisiéramos sugerir que, y esta es tesis central de nuestro trabajo, la deriva deslegitimadora de ambas nociones, intelectual y verdad, ha corrido hasta cierto punto trayectorias paralelas, como terrenos que han ido siendo minados tanto por las evoluciones y rupturas sufridas por los medios de comunicación y las correspondientes transformaciones estructurales de la esfera pública, como por las impugnaciones dirigidas contra toda totalización teórica y aspiración axiológica universalista perpetrada por parte del pensamiento relativista y la posmodernidad.

Para desarrollar esta tesis primero trataremos de presentar una revisión histórico-crítica de los conceptos de esfera pública, intelectual y posverdad, como nociones fundacionales de la Modernidad y a través del proceso de crisis de esta. Se adopta una propuesta multidisciplinar que trata tales ideas como recíprocamente constitutivas, tanto de sus fundamentaciones teóricas como de su operatividad social. Finalizaremos exponiendo la propuesta de un necesario, si bien débil, vínculo entre democracia y verdad, que no prescinde de la figura del intelectual, sino que la rearticula y transforma en nuevas posiciones y espacios.

## 1 ASEDIOS A LA ESFERA PÚBLICA, MORADA DEL INTELECTUAL

Suele asociarse la formación histórica de la esfera pública con la emergencia de un modelo liberal de crítica política y libre circulación de ideas y mercancías, basado en la concurrencia de ciudadanos que “no se relacionan ni como hombres de negocios o en el ejercicio de sus profesiones”, sino que lo hacen voluntariamente “bajo la garantía de que pueden unirse para



expresar y publicar libremente opiniones, que tengan que ver con asuntos relativos al interés general”. En este nuevo marco de concurrencia ampliada, la comunicación necesita de “determinados medios de transmisión y de influencia” (Habermas, 1985, p. 123). La certificación de legitimidad para la intervención en la esfera pública no procedía ni del contenido sustantivo del mensaje, ni del linaje o posición social del emisor, de ahí el carácter democratizador y antitradicionalista del nuevo espacio social burgués, frente a las credenciales previas otorgadas por los dispositivos del poder absoluto. El nuevo filtro de validez del discurso va a ser entonces la adecuación de la intervención del interlocutor, en tanto enunciado, con un paradigma de razón que habría de estar inscrito y formalizado en el propio acto de habla. De este modo la capacitación del hablante deriva del carácter formal del tipo de discurso que está habilitado para elaborar, quedando emancipada la enunciación de los títulos de dignidad discursiva derivados del estatus social, asignados con anterioridad a su intervención pública (Eagleton, 1999, p. 18). La cohabitación de voces plurales en espacios de producción discursiva e informacional que cumplan estas exigencias de interlocución, habrá de ser la condición para el desarrollo y perfeccionamiento de los procesos de deliberación racional propios de las democracias liberales. La participación no obstaculizada por intereses parciales y por una distribución desigual de bienes, y abierta a todos los potencialmente afectados por las decisiones políticas sería una de las cláusulas que harían posible constituir la vida pública democrática.

Sin embargo, esta esfera pública no instauraba un acceso irrestricto a los espacios de interlocución, sino que un marcador, la racionalidad, fue considerado en la teoría moderna democrática como “el ideal normativo para la participación y la deliberación” (Dahlgren, 2018, p. 32). Lo razonable, entendido como el consenso sobre una idea de justicia resultante de la cooperación social entre personas morales, “sólo puede efectuarse en el marco de las condiciones formales en que tiene lugar la deliberación de las partes” (Cortina, 1996, p. 200). La deliberación es un acto en que los participantes se comportan como seres racionales, pues utilizan los medios más adecuados para sus fines, sirviéndose de las leyes y procedimientos de la decisión racional. Deliberación y participación son, en efecto, presupuestos de un sistema democrático (Velasco, 2022, p. 60) y, de nuevo desde la teoría habermasiana, deben regularse recíprocamente para organizar, en el marco de intervenciones de una gran concurrencia, la libre expresión sobre asuntos de interés generalizable, cuya comunicación necesita de determinados medios de transmisión y de influencia (Habermas, 1985, p. 123). Pero, asimismo, según Eagleton, la esfera pública “no reconoce identidad alguna más allá de sus propios límites, pues lo que importa como racionalidad es precisamente la capacidad de articular dentro de sus límites” (p. 18). Esta capacidad de articulación deberá mucho a las prácticas de moderación de la subjetividad afectiva y de autocontención reflexiva, a la contrastación factual de los argumentos y a la voluntad de escuchar al otro, que pueden considerarse rasgos distintivos de una tradición normativa de discusión ideal.

Alguna forma de clarificación estructurada de la argumentación para el cabal discernimiento epistémico, al servicio de la acción ciudadana sobre la *polis*, que tiene al “lenguaje como evento público y como relación social” (Eagleton, 1999, p. 20), ha sido practicada largamente en las ágoras de producción occidental del saber, y concebida como nexo necesario entre comunicación y conocimiento o entre palabra y ciencia. Pero es con la formación y maduración de una opinión pública crítica a lo largo del siglo XVIII, en el seno de la consolidación del Estado liberal burgués, que la élite educada, depositaria una herencia de filósofos y humanistas, jugará un papel decisivo en el establecimiento de las normas y estándares que demarcan el discurso público en las sociedades modernas democráticas. En su estrenada condición de apertura igualitarista, las clases cultas liberales habrán de establecer los criterios para controlar el acceso al espacio de comunicación pública y a los enunciados

de verdad que su correcto uso autoriza: “estamos frente a la consolidación de un nuevo principio de legitimación de la acción política, ya no basado en las prerrogativas del dominio, sino en la verdad alcanzada gracias al discurso racional: *veritas non auctoritas facit legem*” (Lazzarich, 2012, p. 213). Condiciones de veracidad y mutuo reconocimiento, unos ciertos estándares estilo, posición autorreflexiva y restricciones estructurales al discurso (Wagner, 2023; Keren, 2015), posibilitaron la preeminencia y visibilidad del intelectual como presencia determinante y estructurante de la esfera pública clásica.

Partimos de la hipótesis de que el grupo intelectual ha sido el legatario naturalizado de un estilo de comunicación, desarrollado a lo largo de siglos, que privilegia la enunciación racional en la discusión. Como quienes estaban pertrechados para cumplir los requisitos de elaboración formal de argumentos racionales en situaciones comunicativas de deliberación democrática, los intelectuales se invistieron de la representación legítima y estándar para todo el colectivo social, en el contexto de conflictos y antagonismos abiertos por la emergencia de la esfera pública, donde había que decidir sobre “la búsqueda de la verdad en la vida intelectual y de la justicia en la vida pública” (Keren, 2015, p. 175).

La aparición de las condiciones técnicas, políticas y económicas para la formación de un público lector, ilustrado y burgués, emancipado del poder estatal, y posibilitado para desplegar una conversación crítica y autónoma, ha sido consustancial, venimos sugiriendo, a la emergencia del intelectual moderno, como representante de unos valores relevantes a los que se adhiere voluntariamente, incluso asumiendo riesgos, y que le habilitan para, en los términos de Edward Said (1996), *decirle la verdad al poder*. Sin embargo, desde hace tiempo, ya no son las mismas las condiciones de reproducibilidad de ese tipo de discurso, garante de deliberación y consenso, cuyas premisas procedimentales se presentaban a sí mismas como libre de las contradicciones, los intereses parciales y las distorsiones cognitivas que imposibilitarían de modo fuerte la vinculación del “carácter ‘raciocinante’ de ese público con el ejercicio de la crítica y la discusión” (García, 1996, p. 202). El proceso de gradual desintegración de la esfera pública clásica conllevó profundas transformaciones estructurales que trastocaron los límites que habían definido un espacio más o menos deslindable (salones y clubes de tertulia y prensa seria), un tipo de discurso argumentativo y racional y un modelo legítimo de comunicación política que sabía identificar la pertinencia cívica de ciertos asuntos y no otros. Igualmente, la opinión pública burguesa permitía prolongar sus competencias de configuración de la vida social que ella misma organizaba hacia dimensiones epistémicas y éticas, en tanto esta racionalidad discursiva permite descartar afirmaciones y evaluaciones falsas y discernir qué intereses particulares pueden, tras la criba deliberativa, alcanzar la condición consensuada de interés general universalizable. Todo este aparato de poder y discurso irá viendo contestadas las formas de legitimación que consentían la intervención pública de los intelectuales, como grupo minoritario y autodesignado, así como el grado de influencia y aceptabilidad de sus intervenciones.

Terry Eagleton ha identificado dos factores de particular relevancia en el gradual proceso de desintegración de la esfera pública, que de alguna manera atestiguan amenazas externas a esa supuesta autonomía autorregulativa, que hubiera sido característica de su consistencia interna y de su protección frente a elementos distorsionadores: una, de tipo económico, apunta a los efectos del creciente condicionamiento de las fuerzas del mercado sobre los productos culturales, pues a medida que progresa la sociedad capitalista deja de ser posible asumir que los parámetros que regulan su producción sean “fruto del diálogo civilizado y del debate razonable” (1999, p. 39). El propio Habermas ha insistido en que hubo un tiempo en que una sociedad de libre circulación de mercancías posibilitó un escenario para que los pensamientos subversivos se pudieran emancipar de la opresión del Estado (1985, p. 127; 2009, p. 135), sin embargo, paulatinamente, la liberalización de la economía y

la desregulación de los medios han ido dando lugar a un escenario en el que “el espacio acotado de la esfera pública es invadido con agresividad por intereses comerciales y económicos manifiestamente ‘privados’, lo que quiebra la seguridad del consenso” (Eagleton, 1999, p. 40).

El otro factor es de índole político, en la medida en que, como formación ideológica, la esfera pública burguesa se desarrolla sobre una naturalización acrítica de sus propios perímetros: su apertura de intereses se presenta como totalizante, pues bajos sus propios criterios de pertenencia y pertinencia, nada hay significativamente interesante más allá de sus posesiones monopolísticas. Dicho de otro modo, las exigencias frente al Estado de la nueva autonomía burguesa propietaria no discutieron el modelo de dominio establecido, sino que lo enfrentaron con un principio de control basado precisamente en la publicidad razonada de sus intereses privados, que, en términos generales, tendió a acatar el principio del dominio existente (Habermas, 1981, p. 66). Frente a esta tendencia normalizadora, que tiene al elitismo y la minoría culta como elementos clave del paradigma comunicativo liberal, emergió un panorama de lucha política popular. Con la difusión de prensa más allá de las fronteras de la burguesía y la aparición de contraesferas de prensa radical, se irá ampliando el espacio de intervenciones públicas a miembros de grupos desfavorecidos. Los sectores dominados en la lucha de clases son considerados, en la enunciación de sus reclamos, desde la perspectiva clásica, como menos razonables o abiertamente pasionales e irracionales, en contraste con los grupos privilegiados ubicados en el plano liberal burgués. Priorizar la discusión racional sobre tradiciones o prácticas comunicativas que, por su componente de emotividad, no se ajustan al patrón normalizado, implica mantener el control del poder en manos de aquellos “que ya son dominantes porque son los que han perfeccionado el arte de parecer tranquilamente racionales” (Hall, 2007, p. 83). Colocados por tanto fuera de la comunidad lingüística aceptable por su inteligibilidad, y por ende, al margen del ámbito de la comunicación política legítimamente racional, posicionada en orden al encuentro con la verdad y el juicio correcto, la irrupción de estos intereses sociales y políticos evidenciarán la cada vez mayor incapacidad del ámbito deliberativo ideal para absorber o soportar exigencias y estilos de habla que están “en conflicto palpable con sus propias normas racionales universales” (Eagleton, 1999, p. 41).

## 2 MURIENDO EL INTELECTUAL, MATANDO AL INTELECTUAL

Elaborar una demarcación sistemática o esbozar una historia conceptual de la noción de intelectual ha sido tarea de clarificación necesaria a partir del surgimiento de esta clase autoconsciente de su función, y profusamente registrada en los medios de difusión de ideas que, fundamentalmente la prensa en sus inicios, fueron el vehículo primordial para su intervención e influencia públicas. La evolución compleja, tortuosa y a veces trágica del sistema republicano-democrático que ve nacer y consolidarse a esta figura entre los siglos XVIII y XIX, por un lado, y la masificación de la cultura y la politización de las masas, con la consiguiente transformación de los medios de comunicación (Prochasson, 2003, p. 803), por otro, son factores fundamentales a la hora de analizar su andadura. Especialmente en lo que nos interesa, se trata de explorar los complejos vínculos del intelectual con la verdad y las transformaciones de la esfera pública, como función epistémica con consecuencias políticas.

Como sabemos, el hito del famoso affaire Dreyfus de 1898, acoge ya la forma del relato épico-legendario para la afirmación de una nueva categoría social y de las estructuras que la hacen posible (Charle, 2003). Este acontecimiento fue la puesta de largo de un nuevo actor en la arena pública y una nueva categoría social, que a su vez trazaba los contornos, siempre imprecisos y dinámicos, pero también con relativa autonomía, del campo intelectual

(Sapiro, 2011, p. 130). Vehiculando sus invectivas por medio fundamentalmente de la prensa, en un contexto institucional donde cada vez más el saber está asociado a la política, los intelectuales autorreconocidos como tal actuarán, a partir del ejemplo emblemático de Zola y los *dreyfusards*, movidos por el interés de intervenir en asuntos públicos “que no son estrictamente de su competencia” (Picó y Pecourt, 2008, p. 37). La imagen del intelectual empieza a partir de aquí a delinear una de sus caracterizaciones que gozará de mayor favor: “Desde Zola en adelante, si no desde antes, el intelectual francés ha definido la identidad de Francia en términos de ideales universales de verdad, justicia y derechos del hombre y ha optado por situar su encarnación física en las instituciones de la República” (Jennings, 2002, p. 121). Se trata de un ciudadano laico y autónomo, libre de dependencias partidarias o institucionales que constriñan su libertad en favor de intereses espurios, pero que desarrolla un tipo especial de responsabilidad política al comprometerse con valores humanos y universales, capaz de ejercer su crítica frente al poder establecido y de influir sobre la opinión pública o las instituciones estatales (Picó y Pecourt, 2008, p. 43; Charle, 2003, p. 150).

El proceso de forja de una autoconciencia del grupo intelectual y el correspondiente itinerario de elaboración teórica y crítica del mismo irá respondiendo al difícil contexto en que se desarrolla la corta pero zozobrada vida del intelectual desde Dreyfus. El saldo de demoliciones de dos guerras mundiales devastadoras, en los que Europa testimonió la destrucción de su economía y sus instituciones, también registró una profundización del camino de relativización de los fundamentos filosóficos de la larga tradición canónica, emprendido a finales del siglo anterior, y que irá debilitando la idea de lo humano, y de sus soportes onto-epistémicos, que el sujeto occidental tenía de sí mismo. En sintonía con estas mutaciones posbélicas y las hondas alteraciones que paralelamente sufrirá la esfera pública clásica, la posición del intelectual ha sido trastocada en su *praxis* y en las teorizaciones que han continuado delimitándolo, modelándose su perfil, su relevancia o sus mecanismos de intervención y legitimidad.

Todavía en los debates sobre esta figura en las décadas de posguerra se mantendrá la vigencia de algunas preconcepciones básicas del intelectual, a través de las polémicas y transacciones que produjeron las líneas de argumentación de las dos propuestas fundamentales: bien desde una aparente neutralidad desinteresada y desclasada o desde el reconocimiento de la posición de clase, ambas seguían dando aliento a una cierta tradición de ambición universalista, que vinculaban la virtud y la justicia en la vida política con una exigencia de verdad epistémica y una orientación axiológica de valores, en la cual “la Justicia constituye, sin duda, el más eminente” (Prochasson, 2003, p. 805). En las primeras décadas del siglo XX, algunas figuras señeras alcanzarán una intensidad de militancia y fuerza galvanizadora que apuntalaron hacia lo más alto su consideración y prestigio, pero que, quizá por esto mismo, preconizarán ya su caída. Sartre encarnará de forma sintomática esta idea, y su perfil histórico ha solido ser presentado como emblemática síntesis y culminación: denuncia la búsqueda de lo universal de espaldas a lo temporal y a la propia época, en tanto lo universal sólo permite ser entrevisto desde el horizonte histórico del presente que el intelectual comparte con sus conciudadanos. Solo este sentido de urgencia e interpelación del propio tiempo puede salvaguardar al intelectual de una abstracción e idealismo que arriesgan de operar como cómplices de los opresores. El ideal sartriano, a la vez que asume el compromiso de militancia marxista, en favor de las víctimas, lo hace sin abandonar el papel representativo del espíritu universal heredado de la función crítica de los *dreyfusards*, adaptándola al contexto de la Guerra Fría (Rendueles, 2019, p. 75; Pecourt, 2016, p. 342; Altamirano, 2013, p. 45). Pero a la vez, con el filósofo francés, parecerá cerrarse un ciclo, que hubiera sido abierto por la entrada de personalidades insignes, como Voltaire (Pérez, 2016),

en ese nuevo medio de opinión razonada que supuso la emergencia de la esfera pública democrática liberal, y que el caso Dreyfus y la prensa francesa tanto hicieron para cimentar.

La edad de oro del intelectual inaugurado por el gesto zoliano en defensa de la verdad y la justicia parece que tocó su fin a la vista de las perturbaciones de distinto orden que tensionaron, incluso hasta la ruptura, “los lazos íntimos que [unieron] el surgimiento del intelectual con la modernidad y la tradición de la ilustración” (Jennings, 2002, p. 11). Con el final de las utopías de la modernidad tras los movimientos sesentayochistas se abrirá más o menos una década a lo largo de la cual se irán poniendo las bases para que la reflexión y el debate, más o menos ininterrumpidos, sobre la función del intelectual, vayan progresivamente escorándose hacia la certificación, a veces como lamento, otras como celebración, de su muerte. La consolidación del programa de hegemonía neoliberal a fines de los setenta (Anderson, 2003, p. 12); la asimilación del paradigma científico en teoría social y la arrollada académica del posestructuralismo francés en las humanidades, con su penetración posmoderna en las academias estadounidenses; y, de gran interés para nuestro asunto, la incorporación durante los sesenta de los nuevos medios de masas de radio y televisión, en detrimento de la prensa escrita, de la que no pueden separarse el optimismo y determinismo tecnológicos de McLuhan: son estos algunos de los complejos y multivalentes factores que, como decimos, conducen a que en los años 80 la figura del intelectual comenzara a considerarse como un personaje extemporáneo e impropio en el nuevo contexto sociopolítico y mediático, perdiendo “a la vez su lugar y su razón de ser” (Quintana, 2018, p. 429).

No escasean desde entonces las afirmaciones ultimadoras del fenómeno que dan cuenta de la profundidad de los cambios sociales y estructurales que inician en estas décadas. El proceso inexorable de debilitamiento, para las visiones más pesimistas, culmina y prosigue en nuestra época de espectacularización de todo y de flujo de signos e iconos manipulados y establecidos “como ídolos para el culto fetichista en las redes sociales electrónicas” (Subirats, 2021, p.22). Un tipo social, que pudo haber representado mejor que nadie las legítimas aspiraciones redentoras de una modernidad consciente de sus fuerzas y de los valores que la fundaban, y que, a pesar de los obstáculos, enarbolaba la lucha política y cultural confiado en las fuertes convicciones humanistas que lo animaban (ya fuera ilustración marxista o liberal), se encontraba a sí mismo, a la altura de los setenta y en el nuevo contexto de despolitización y de cultura de masas, como inequívoca encarnación de un gesto trasnochado: “Con el advenimiento de lo que Debray describe como ‘el ciclo mediático’, a partir de 1968, tales glorias culturales llegaron a su fin, y el ‘aparato de información’ redujo el pensamiento al equivalente de la comida rápida” (Jennings, 2002, p. 112).

Las posiciones posmodernas dispararon contra el catálogo de las que había sido las marcas distintivas del intelectual tradicional: el carácter sistémico, totalizante, global y humanista de su posición, como portaestandarte de valores universales y de una misión histórica, y ubicado en alguna posición privilegiada para establecer relaciones fiables entre sujeto, verdad y justicia. Estas pretensiones de universalidad habrían de colisionar con la apertura a la singularidad múltiple y proliferante de lo real de un mundo postutópico y autoirónico, atravesado de discontinuidades, fracturas y disyunciones, de pluralidad de lenguajes y microrrelatos, de posiciones de sujeto dinámicas y líquidas, y de elecciones legítimas de mejor forma de vida individual. La nocividad de tan ambiciosa aspiración motivó a Lyotard, en un comentado artículo de 1983 y en un momento que el que, a su parecer, al intelectual ya no se lo necesita, a informar sobre su definitivo funeral (Quintana, 2018, p. 431; Alzola, 2019, p. 13). Foucault, por su parte, devolvía al “cantor de la eternidad”, desde el ámbito público supuestamente inconcreto y omnirepresentativo, al que había saltado desde la excelencia de su profesión, a la especificidad de su ámbito disciplinar particular. A partir

de un parcial campo de saber, el intelectual específico podría dilucidar luchas situadas de la mano de experiencias demarcables, y columbrar otros posibles regímenes de verdad, siempre coyunturales e inextricablemente adheridos al poder, con renuencia alérgica a teorías globales y lógicas unitarias (Foucault, 2000, pp. 140-142; Gros, 2000, p. 37). Esta muerte posmoderna del sujeto, dice Jameson, celebró “el eclipse del individualismo burgués, que también comprendió como una nueva libertad para los intelectuales” (2004, p. 116). Derecho adquirido que los descargaba del peso de los modos de intelección y de praxis política que el intelectual dreyfusiano había recibido como responsabilidad de su condición de voz pública, adherida inalienablemente a categorías de verdad y justicia. La especificidad, inmediatez y concreción del intelectual posmoderno, ya sea en las figuraciones de Foucault, Lyotard, Blanchot o Rorty (Fortanet, 2010; Quintana, 2018; Alzola, 2019), si bien no renunciaba a la acción, e incluso al coraje ante el riesgo de exponerse allí donde ve dominio e injusticia, lo hace dejando por primera sin respuesta a la pregunta “por la finalidad última del compromiso político” (Gros, 2000, p. 35).

Durante estas décadas y a partir de aquí, marbetes como retirada, muerte, desaparición, crisis, decadencia, deserción, ausencia... van a copar la abundante bibliografía producida hasta hoy de una narrativa dominante del declive (Figueiras, 2012, p. 146; Eyal y Buchholz, 2010, p. 118). Volviendo a apuntar a las deformaciones de la vida pública (mediática y académica) iniciada en los 60, no hace mucho se publicaba en inglés un demoledor alegato contra un actual estado de cosas que hace inviable cualquier auténtica vigencia del intelectual público, más allá de su transmutación en ventrílocuo de un sistema de propaganda total: “el ‘fin del intelectual’ es el eslogan que, a partir de los años 60, animó programáticamente la disolución de cualquier reflexión seria de nuestra realidad histórica [...] hoy la muerte del intelectual es un hecho consumado y una banalidad universalmente asumida” (Subirats, 2021, p. 14-15).

### 3 LOS MEDIOS CONTRA LA VERDAD

La objetividad parece darse por sentada como rasgo constitutivo de los modelos comunicativos estandarizados bajo el rubro de la esfera pública deliberativa. Sin embargo, el conocimiento y transmisión de la verdad como valor superior a los intereses partidistas y subjetivos, no es, al menos en su condición de resultado universalizable del método científico y en su aceptabilidad social generalizada, una condición ahistórica desde siempre actuante en la formación de la vida social. Mucho menos lo ha sido como asimilada exigencia de exactitud y contrastación de fuentes, con dimensión ética y pedagógica, de los medios de difusión de información. El logro y consolidación, de carácter histórico y antropológico, de lo que Robert Blatt ha llamado la “utopía realista”, había consistido en el establecimiento de un concepto realista, ni trascendente, ni mítico-religioso, de la verdad, que inició en el siglo XVIII, en el seno del proyecto globalizador de la modernidad expansionista. La objetividad se habría ido desplegando mediante dispositivos sociales y tecnologías como los medios de comunicación, la publicidad, el movimiento aspiracional de clase, los derechos humanos, el turismo, el comercio o los viajes (Blatt, 2018). Y por supuesto la ciencia. Estos desarrollos, sin olvido de la importancia de su vertiente colonial y violenta, universaliza afirmaciones válidas y accesibles para todos sobre el conocimiento objetivo del mundo y cierto sentido común de lo verdadero. En lo que a prensa decimonónica respecta, el surgimiento de un estándar de objetividad se va abriendo camino frente al sensacionalismo y el amarillismo, hasta ese momento las notas dominantes junto con una fuerte tendenciosidad partidista, muy alejados de la deontología periodística que en el siglo XX se generalizó como exigencia indeclinable de los medios. No es tanto la formación histórica de esta objetividad la que nos interesa dilucidar, sino precisamente la descomposición de la misma hacia un momento presente, en

que parece que “estemos saliendo de un periodo en el que hemos sido tan malcriados esperando objetividad de nuestras fuentes de noticias que la hemos dada por supuesta” (McIntyre, 2018, p. 119). Se pregunta Lee McIntyre si

no es asombroso esperar objetividad y no partidismo de una fuente de noticias. Si echamos una mirada retrospectiva a la historia nos damos cuenta de que los ricos y poderosos siempre han tenido interés (y normalmente los medios para lograrlo) en conseguir que la ‘gente corriente’ piensen lo que ellos querían. (ídem)

Antes de que la palabra escrita fuera asequible a un público cada vez más amplio, con capacidad democratizadora en tanto espacio de libertad, contrapoder y resistencia, no habría de sorprenderse de que la élite detentora de dinero y poder quisiera y pudiera crear sus propias realidades. Por eso prosigue McIntyre aduciendo que “este es el motivo por el que la idea de un medio de comunicación libre (aun a pesar de estar contaminado por noticias falsas) fuese un concepto tan revolucionario” (ídem) Y también a pesar de que, como veíamos arriba, los vagidos liberales de lo público democrático hubieran estado condicionados, en sus potencialidades igualadoras, por el control de clase, lingüístico y material del grupo social propietario burgués y masculino, y por las contradicciones del mercado. El intelectual, a veces como encarnación precisamente de estas paradojas y contradicciones, quizá jugó un papel importante en la estabilización de esta verdad liberadora en la arena política de una modernidad, de la que poco o nada hacía pensar que fuera propicia a los consensos que el ideal democrático moderno pretendía garantizar. Como resistencia y baluarte contrahegemónico frente al partidismo, la actividad intelectual pretendió decir la verdad al poder, cuando el poder era indiferente a las exigencias morales de justicia o incluso eludía las evidencias de una facticidad empírica cada vez mejor conocida.

Frente a esta situación ideal, y hasta cierto punto estabilizada, la llegada de los medios de comunicación de masas ha sido, como venimos sugiriendo, uno de los acontecimientos que con mayor peso ha contribuido a la labor de zapa del procedimiento consensual habilitado por la esfera pública. Si la prensa radical del siglo XIX había inducido antagonistas y deslizamientos tanto dentro, como en los límites de la aceptabilidad del discurso razonable, no deja de ser cierto que la hegemonía de lo escrito siguió siendo la plataforma de legitimidad de los mensajes. De ahí que dijéramos arriba que la consistencia del intelectual público universal, fundamentalmente autor de prensa y textos escritos, seguía ciertamente en pie a pesar de la contrafigura marxista o de esa versión paradigmática que había sido el marxismo militante sartriano. Sin embargo, con la aparición de la radio, y muy especialmente la televisión, surgió una nueva amenaza y quizá definitiva: fueron numerosos los debates teóricos que se preguntaron sobre las consecuencias de estos nuevos medios para la vigencia del intelectual y sus efectos sociales en la esfera pública y la democracia. Estos medios de masas sin duda desencadenaron un proceso de apertura y diversificación de los espacios de opinión pública, ofreciendo posibilidades cada vez más amplias, complejas y heterogéneas para la representación social y el debate de ideas. Los “flujos de comunicación indómita” (Habermas, 2009, p. 133) que tienen lugar en los medios de masas patentizan unas condiciones estructurales de producción de enunciados en la que la figura del intelectual clásico difícilmente podía seguir fungiendo como portavoz ideal de cierto tipo de discurso razonado, que lo marcaba diferenciando su particular y privilegiada competencia lingüística e informacional. Quedar anclado en las viejas formas de la prensa de prestigio, que desde la aparición de canales de radio y televisión han ido sufriendo pérdidas de ventas y disminución de audiencias (McIntyre, 2018, p. 88; Pena, 2019, p. 158), significaba condenar a la insignificancia su propia razón de ser figura pública. Por otro lado, ensayar compromisos con las nuevas modalidades de comunicación y las nuevas demandas sociales, diversificadas en

lenguajes, formatos y conductas, arriesgaba con traicionar su prosapia razonante y enajenar la autonomía de su posición histórica, abandonándose a los peligros del nuevo medio técnico-industrial del *fast food* y *fast-thinking* (Debray, 2001).

Como caso extremo de esta nueva situación, el intelectual mediático que va siendo producido en esta dinámica ha recibido desde luego la arremetida de quienes han visto en su proliferante presencia en la televisión y otros canales una dejación de sus deberes cívicos de crítica al poder y de denuncia de las injusticias, cediendo a la banalidad y la insignificancia de unas *performance* mediáticas con vocación de fama y dinero (Jennings, 2002, p. 115; Bernárdez, 2016). Formados por las propias empresas de comunicación o reclutados como expertos profesionales o académicos en función de sus perfiles ideológicos, estos intelectuales han sido acusados de utilizar los vehículos de la cultura de masas no como legítimos y eficaces medios para hacer oír una voz incómoda al poder, sino usufructuarlos para construir narrativas que “explican los acontecimientos asumiendo perspectivas afines con los intereses del mercado, de las jerarquías políticas, de los lobbies empresariales y de las corporaciones mediáticas, alimentando la espiral de reproducción del sistema” (de Moraes, 2018).

#### 4 INTERNET ¿DEMÓCRATA?

Ya hemos aludido a que la radio y televisión ampliaron significativamente a partir de los 60 y 70 los espacios de producción de discursos, alterando en profundidad las cláusulas de legitimidad de la autoridad epistémica, flexibilizando ampliamente las estructuras discursivas disponibles o reacomodando las posiciones del intelectual en novedosas e inesperadas relaciones de poder: con los grupos mediáticos, entre ellos mismos (clásicos, reconvertidos y nuevos integrantes) y entre los intelectuales y su público. El propio Habermas, ya a principios de los 70, adelantaba una tesis pesimista frente a las transformaciones sufridas por la esfera pública con la irrupción de medios de comunicación de masas, cada vez más mercantilizados. Esta mutación habría conducido a “un arte de la refeudalización de la esfera de lo político”, en un campo de enfrentamiento de intereses “que adquirirá los rudos rasgos de una disputa violenta. Las leyes, promulgadas bajo la «presión de la calle», difícilmente pueden ahora entenderse como normas emanadas del razonable consenso entre personas privadas que polemizan en público” (Habermas, 1981, p. 129; 1985, p. 173).

Esas dudas no mitigaron en absoluto el optimismo tecnológico de los 90 con la irrupción de Internet, que apuntó a que la promesa de apertura igualitarista a la libre expresión y de acogida de voces disonantes con el poder, rasgo diferenciador de la esfera pública clásica, encontraría en la aparición de nuevos entornos digitales la plena realización de una potencialidad hasta este momento frustrada. Con la interconexión en red y la transformación digital de los espacios públicos, se intensificaba aún más la entrada en una era de acceso ilimitado a la información y de libre circulación de opiniones, como la gran virtud democratizadora de Internet. Gracias precisamente a la interconectividad ininterrumpida sería posible mitigar la separación entre ciudadano y gobernante, y seguir corrigiendo así el carácter asimétrico y excluyente, circunscrito a la cohorte de hombres blancos propietarios (Hyvönen, 2022, p. 19), del primigenio modelo liberal descrito por el análisis habermasiano. Además de poder permitir una mayor horizontalidad política, con contactos menos intermediados entre gobernantes y gobernados y procesos decisionales más rápidos y numerosos, que facilitaría el tránsito desde la democracia representativa hacia una directa o plebiscitaria, también Internet se pudo haber entendido como una ampliación de posibilidades para la participación democrática deliberativa. La fuerza democratizadora vendría dada por un nuevo espacio capaz de facilitar un verdadero diálogo racional entre iguales al no estar influenciado por los intereses políticos y económicos de las élites que controlan el mundo mediático. Una circulación de ideas más liberada de la fuerza disonante

de intereses parciales iría mejorando las condiciones para que se elaboraran argumentos cada vez más racionales, que contribuirían a refinar la calidad de las decisiones políticas, basadas en el consenso motivado. El modelo habermasiano parecería por fin desvincularse de su abstracción contrafáctica gracias a un ámbito efectivamente libre de las distorsiones comunicativas que enturbiaban la deliberación. La confianza en que la existencia de focos más numerosos y diversos de interacción para concertar intereses comunes actuaría como garantía de control autorregulado del proceso, y el resultado esperable de readaptación continua de los hábitos y creencias sociales gracias a la experiencia de nuevas y variadas situaciones de interacción y diálogo, parecían constituir caminos seguros para el progreso democrático (Lazzarich, 2012, p. 227; Oliverio, 2016, p. 112). La esfera pública digital sería algo así, desde esta promesa, como una esfera pública pura, mejorada respecto de cualquier espacio comunicativo previo, mucho más libre de adulteraciones (Rendueles y Sábada, 2014, p. 103).

Los numerosos y acalorados debates que se han ido sucediendo desde los años 90 han tenido que ir reformulado estos pronósticos: a la vista, por ejemplo, de la progresiva concentración de poder político y empresarial en las principales plataformas digitales y del hecho de que las actividades de los usuarios de Internet busquen libertad política paradójicamente mediante “las operaciones de empresas monstruosas y lucrativas”<sup>1</sup> (Winner, 2000). Los medios digitales han revelado una sombría contraparte, insospechada en sus inicios, como instrumentos altamente eficaces para fabricar consensos fácticos no racionales, en un entorno de alta fragmentación, de microparticipaciones autorreferentes y aceleración de la opinión, que parecen demostrar una tendencia estructural clara: el uso de discursos cargados de emociones (Rodríguez, 2023, p. 3). Estos escenarios a veces funcionan como reservas intensas de dogmatismo, mediante la difusión masiva de noticias falsas a través de las redes sociales, que socavan todo ideal de normatividad deliberativa. Tales derivas, desde luego no parecen cumplir algunas de las expectativas democratizadoras que se pusieron en ellas; afirmaba Langdon Winner, años antes de que habláramos del control corporativo de la producción de desinformación, que “Internet ha hecho muy poco hasta ahora con respecto el modo fundamental en que se gobierna la sociedad. Los patrones de poder económico profundamente enraizado que han prevalecido a lo largo del tiempo en los Estados declarados democráticos continúan siendo prominentes y efectivos” (2003, pp. 67-68). A día de hoy, admite Peter Dahlgren “dos décadas después, sin duda no estamos cerca de llegar a un consenso, pero la mayoría acordaría que la algarabía optimista inicial se ha disipado” (2018, p. 25).

La emergencia y proliferación de los nuevos medios de comunicación de masas y digitales y la invitación a la democratización del saber que encarnaron, no ha sido, insistimos, un contexto en el que pudieran conservarse a salvo el rigor expositivo y la autoridad enunciativa que parecían haberle asegurado a la clase intelectual el control que vinieron ejerciendo sobre la esfera pública. Habiéndose movido con familiaridad en un tipo de modelo discursivo que habían contribuido como nadie a crear y consolidar, se han ido desarticulado, cada vez con mayor contundencia, los espacios, regímenes y pactos que garantizaron la formación de la opinión pública clásica liberal. Otros valores, cada vez más

---

<sup>1</sup> El importante y documentado trabajo de Paulo Pena demuestra que un factor determinante en el éxito y la proliferación de sitios de *fake news* es el lucrativo negocio de la publicidad de pago de las grandes empresas digitales Google/YouTube, Facebook/WhatsApp y Twitter: “Los números son impresionantes, en 2017, 320 mil editores fueron retirados de la red publicitaria de Google por violación de las reglas; 90 mil sitios fueron colocados en un ‘lista negra’, lo mismo le ocurrió a 700 mil *apps* para móvil. Después de conocer nuestra investigación, Google decidió rescindir los contratos publicitarios que mantenía con los sitios de desinformación portugueses. La desinformación, sin embargo, continúa creciendo” (2019, p. 57)

espectacularizables, mercantilizables y abiertos al concurso explícito de la componente emotiva del discurso, comenzaron a convivir, competir y desplazar aquellos otros del viejo mensaje de la prensa escrita, seria, rigurosa y deliberativa, resultado del esforzado trabajo de expertos, y garantía del tipo de relaciones privilegiadas que la élite ilustrada mantenía con la razón y la verdad: entretenimiento frente a información y educación, publicidad frente a cultura, o consumo frente a calidad, rigor y exigencia: “A la autoridad intelectual y a la moral sucedía la simple notoriedad” (Prochasson, 2003, p. 803). El paso traumático de un modelo comunicativo a otro también ha implicado alteraciones irreversibles en los criterios, más o menos subyacentes o explicitados, que fundamentan la existencia legítima de discursos portadores de verdad y objetividad, incluso abriéndose la posibilidad de que casi se “objetivaran” aquellos otros cuyo proyecto consistió precisamente en “destruir el edificio ilusorio de la objetividad” (Dennet, 2006, p. 222). El proceloso itinerario que ha recorrido el intelectual (y las autovaloraciones que ha emprendido), lo han llevado “de la Galaxia Guttemberg de una modernidad, que gira alrededor de la imprenta, a la Galaxia McLuhan, símbolo postmoderno de los *mass media*, llegando finalmente al imperio cibertecnológico de lo que podríamos hoy denominar Galaxia Microsoft” (Rodríguez, 2013, p. 21).

¿Qué ha podido esperarse del intelectual en medio de este panorama atravesado de deslizamientos, inseguridades y asedios a la propia cultura humanística que dotó de sustrato epistémico e institucional, rango moral y fuerza legitimadora a su acción pública? Esos intelectuales que coparon los medios tradicionales, a los que se acostumbraron como vehículos fiables de su competencia y autoridad, ¿cómo han ido desarrollado estrategias novedosas y creativas para responder a las interpelaciones de la agitada vida pública a través de unos nuevos medios, de masas y digitales, que se han movido hacia la descentralización, la fragmentación y el libre acceso, y cuya aparente horizontalidad sin filtros desafía la verticalidad elitista de otros tiempos? Es decir, en el escenario posverdadero donde proliferan negacionismos, hechos alternativos e informaciones deliberadamente falsas; en infinitos espacios digitales desterritorializados, fértiles al anonimato, pero protegidos por libertades constitucionales y amparados en un muy deficitario aun control normativo, no se antoja nada halagüeño insistir en certezas. Y, más aún, si asumimos que la obligación del intelectual, otra vez con Edward Said, pudiera seguir siendo decirle la verdad al poder. Desafío más problemático aun, en tiempos de democratización de la producción de la opinión y apertura irrestricta a la intervención pública en redes, si asumimos también, con la activista e intelectual afroamericana Patricia Hill Collins, que las dos estrategias primarias del activismo intelectual son decir la verdad al poder y “decir la verdad directamente a las masas” (Hill, 2013, p. 38)

## 5 POSVERDAD CONTRA INTELECTUALES

Siempre han existido las mentiras, las falsas creencias, las medias verdades, el autoengaño o la deliberada difusión de informaciones falaces con fines de dominio político. La constatación de esta obviedad hace que una de las discusiones en liza sobre el asunto de la verdad sea si hay en efecto un cambio de hondos alcances, una ruptura de índole paradigmática, entre los diversos usos históricos de la mentira, y esa otra nueva era en la que dicen que habríamos entrado en las últimas décadas, bautizada con el nombre de posverdad. El acta de nacimiento, ya lo sabemos, vino sancionado por el *Diccionario Oxford*, cuando eligió “posverdad” como palabra del año en 2016. En el contexto del Brexit y la elección presidencial de Donald Trump, nos habríamos topado con la última de las humillaciones al sujeto de la modernidad, y a su más eximio representante, el narcisismo intelectual. Es evidente que un aspecto crucial que ha provocado el desplazamiento a una era de la posverdad es el progresivo socavamiento de la confianza, comunicativa, institucional e

incluso interpersonal, que hace posible habitar en el mundo (Pereda, 2020, p. 27), producir conocimiento estable sobre él y transmitirlo de forma fehaciente y fiable por cauces socializados. Lo que equivale a decir, un deterioro de las perspectivas depositadas en las instituciones políticas y de producción y transmisión del saber, que habían jugado un rol central y dominante en consolidación de la verdad como hecho social. Esta pérdida de fe en la ‘verdad’ de los medios (Herrera y García-Granero, 2020, p. 159) ha desacreditado los mecanismos estabilizados por la tradición para configurar certezas epistémicas y comunicacionales, inclinándose hacia procesos cada vez más presentes e invasivos de construcción mediática de la realidad.

El itinerario de deterioro de la objetividad hacia posverdad ha ido de la mano, como venimos demostrando, de la difuminación del carácter público y universal de quien había sido uno de los abanderados de la defensa, entre los asedios de la arena pública, de valores objetivos. Defensa que no se limitaba al solo terreno los hechos morales y a nociones de justicia, sino también a la verificación factual empírica. Ya a principios de los 90, Edward Said reflexionaba sobre los cuestionamientos en torno a las nociones de objetividad, exactitud o la misma existencia de hechos verificables, y afirmaba que las disputas sobre la investigación histórica habían reducido “el acuerdo aparente de los historiadores sobre el concepto de objetividad a la más tenue hoja de higuera, y a menudo ni siquiera a eso” (1996, p. 97). La posverdad radicaliza y empuja más allá la evidencia de que las piedras angulares del sistema clásico de producción, transmisión y arraigo de consensos sobre lo verdadero, parecen fundarse cada vez menos en los hallazgos y modelos que soldaron su solidez: *ya* no la legitimidad racional del discurso y la libre producción y circulación de la información a través de medios confiables, que harían posible y deseable el intercambio de intereses particulares y la generalización de acuerdos sobre el interés general. La verdad que funda<sup>2</sup> o resulta del consenso dependería más de otros factores relacionados con la identidad, la pertenencia o el reconocimiento, “aunque sea solo con un like” (Ferraris, 2019, p. 59) como nos dispusiéramos a adherirla. Pero aún más, el fenómeno del negacionismo científico y la propuesta de hechos alternativos sortean la verificación empírica de los datos, cuando estos resultan políticamente inconvenientes. Tal desafío a la racionalidad conlleva incluso el rechazo de la condición universal, y para toda cultura, de una estructura epistémica subyacente como disposición fundamentalmente humana para el reconocimiento de lo verdadero; en definitiva, de la ciencia como método, autocrítico y perfectible, pero de probada eficacia, para la búsqueda de la verdad. Como lo explica Dennet (2006, p. 224): un equipo diseñado de manera exquisita para captar bien lo que tiene importancia, y especialmente para el reconocimiento de la diferencia entre apariencia y realidad.

La definición del *Diccionario Oxford* suele tomarse como punto de partida para tratar de esclarecer la genealogía de la posverdad, su funcionamiento y los vínculos que establece con los sistemas de información, las redes digitales, la comunicación política o los efectos en la educación. Según el mismo, posverdad hace referencia a “circunstancias en las que los hechos objetivos son menos influyentes en la formación de la opinión pública que las apelaciones a las emociones y a las creencias personales<sup>3</sup>. Quizá pudiera sugerirse, sin menoscabo de la complejidad de todo el juego de factores desencadenantes y formantes de lo político, que las capacidades de difusión de información masiva y acelerada de las redes sociales han convertido a la posverdad en un hecho consumado que estructura nuevas estrategias y leguajes políticos, y en un concepto clave de los análisis científicos y teorías

<sup>2</sup> El carácter “fundante” de la verdad para la misma existencia y continuación del debate y la cultura democráticas será discutida brevemente en la sección final.

<sup>3</sup> Esta información puede consultarse y ampliarse en *Word of the Year 2016*, Oxford Languages. <https://goo.su/UwIw>.

sociales. Los intercambios de información y de bienes en nuestras sociedades del conocimiento ya no pueden analizarse sino a partir de la cada vez más compleja y absolutizante mediación que interponen la tecnología y, muy especialmente, las redes sociales, sin cuya “facilitación tecnológica de lo falso” (Ferraris, 2019, p. 49), no se habrían establecido las mismas condiciones de posibilidad del fenómeno posverdadero. El fenómeno que hoy conocemos como posverdad es consecuencia de una serie compleja de convergencias y a la vez de la radicalización y generalización de una historia de impugnación de la verdad y de sus soportes materiales y simbólicos que, cuanto menos, comenzó con lo que se llamó crisis de la modernidad: “La puesta en cuestión de ciertas bases teóricas de la cultura moderna-ilustrada conlleva también la impugnación de la concepción de la verdad que la acompaña” (Nicolás, 2019, p. 324). Esta tradición escéptica, crítica e hipercrítica puede tener al menos la edad de los escritos nietzscheanos o sus discípulos posmodernos, por lo que se trataría de la última fase de una deriva en la que lo posmoderno se transforma en posverdad: un camino de “polarización de las ideas posmodernas que surgen de las academias, y que, con el auxilio decisivo de los medios de comunicación, se transforman en primer lugar en populismo [...] y en segundo lugar en posverdad” (Ferraris, 2019, p. 29). Esta “política de la posverdad” basa su eficacia sobre todo en interpelaciones a la emoción, sin entrar en diagnósticos y detalles concretos contrastables, mediante frases descontextualizadas o imágenes y extractos de vídeo espectacularmente atractivos, que no son espacios originalmente diseñados para el ejercicio de la argumentación, el debate, la reflexión y la verificación de los hechos (Peters, 2017). La novedad que aporta la posverdad habría que colocarla por tanto en esa cercanía cronológica que desemboca en 2016: la triple convergencia, específicamente contemporánea, siguiendo la tesis Ferraris (2019), de la vertiente filosófica nietzscheana-posmoderna, la vertiente política del populismo y la vertiente tecnológico-digital de Internet y las redes sociales. Igualmente, McIntyre (2018) asume la complejidad multifacética de un proceso histórico que desemboca en el Brexit y las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, que a pesar de que suelen presentarse como inextricablemente unidos con la posverdad, no fueron su casusa, sino su resultado. Si bien estén de acuerdo en algunos aspectos centrales, en este caso el abanico de fenómenos que estudia McIntyre (2018) es más sugerente y abigarrado que el de Ferraris: la negación de la ciencia como grandes campañas de propaganda iniciada por las corporaciones tabacaleras de los EEUU a partir de los 50, el declive de los medios de comunicación tradicionales, al que ya nos hemos referido, a partir de la década siguiente, sin duda la posmodernidad francesa como filosofía corrosiva y, sobre todo, su aprovechamiento por una posmodernidad de derechas, ultraconservadora y fundamentalista y, por último, el auge de las redes sociales y el problema de las noticias falsas.

El propósito de este trabajo ha sido cómo pensar el decurso complejo de alteraciones profundas sufridas por las estructuras básicas que hicieron posible la democracia y el tipo de discurso político que habría de legitimarla, desde esa figura pública, el intelectual, a la que se le encomendó precisamente la tarea de decir la verdad al poder para la defensa de los valores básicos incardinados en ese ensayo, naciente y siempre frágil, de organización no absolutista de la vida social.

Y llegados a este punto, ¿en la era de la posverdad, sigue siendo válida esa figura que arrancaba parte de su sentido justamente de algún tipo de relación creíble con la verdad?, o, dicho de otro modo, ¿sigue siendo posible una figura cuya credibilidad se debió precisamente a una posición de valor y confianza social en la existencia de verdad y objetividad, la posibilidad de conocerla, representarla, comunicarla, y exigirla cuando estaba amenazada? En un momento en que la verdad moral e incluso la científica son subordinadas al interés ideológico y a la aprehensión subjetiva, ¿cuáles son entonces las posibilidades,

oportunidades y fuentes de motivación que pudieran hacer aun inobjetable las convicciones fuertes sobre lo justo y lo bueno que orienten y movilicen la intervención del intelectual?

#### DEMOCRACIA Y VERDAD: CONCLUSIONES PARA UN INTELLECTUAL EN MARCHA EN TIEMPOS DE POSVERDAD

Para Edward Said, la actitud del intelectual es la de quien está comprometido en “sopesar cuidadosamente las alternativas, escoger la correcta, y luego exponerla inteligentemente donde pueda hacer el máximo bien y provocar el cambio adecuado” (1996, p. 208), es decir, aquel cuya actitud normativa lo “capacita para decirle la verdad al poder” (p. 103). Escoger lo correcto y elaborar un lenguaje de verdad destinado a la intervención en lo público nos sigue remitiendo a una categoría de objetividad que, aun tras los asedios de un vigorizante relativismo y un criticismo políticamente liberador, pudiera seguir exigiendo el establecimiento de relaciones consistentes con lo real y la elaboración de enunciados que las digan. Said persevera, no cejando en el dilema que acosa, todavía más hoy, la conciencia de intelectual:

el hecho de que el intelectual contemporáneo viva en un tiempo ya de por sí confuso por la desaparición de lo que al parecer eran normas morales objetivas y una autoridad prudente ¿hace simplemente aceptable o bien apoyar a ciegas la conducta del propio país y pasar por alto sus crímenes, o decir de forma más bien indolente «Creo que todos lo hacen, y así están las cosas en el mundo» (1994, p. 103).

El pensador palestino, crítico habitual de las posiciones eurocéntricas, ensaya una respuesta precaria pero firme que, cuidadosa de reincidir en universalismos que han sido más bien estrategias de dominio colonial o patriarcal, no renuncia a las nociones clave de una tradición que habla de igualdad, equidad, justicia y derechos humanos, de la comprobación empírica de los hechos, de una normatividad cognoscible y al alcance de todos, de principios racionales o de una ética coherente y universalista.

Sin embargo, desde hace tiempo, volviendo al principio, son extremadamente distintas las condiciones de producción de esos discursos, en el mundo de los entornos digitales y la posverdad, que pudieran estar en disposición de garantizar legitimidad y consenso generalizado a esos valores. Nancy Fraser ponía en duda hace unas décadas que la concepción burguesa de la esfera pública habermasiana fuera adecuada “para la crítica de los límites de la democracia realmente existente en las sociedades del capitalismo tardío” (Fraser, 1990, p. 77). Los discursos de legitimación que se forjaron en los inicios de la época de la publicidad burguesa liberal consintieron un modelo de democracia basado en la competencia de élites ilustradas que ofrecen programas de gobierno elaborados por expertos, bajo el supuesto de su superioridad epistémica sobre el electorado y el pueblo (Velasco, 2014). La eliminación de la desigualdad, el acceso a multiplicidad de públicos o la inclusión de intereses y asuntos “privados” que la ideología burguesa y masculina hubiera considerado inadmisibles en el debate político son aspectos problemáticos y no resueltos por un modelo ya inadecuado e inaceptable (Fraser, 1990, p. 77). Mark Poster afirmaba también hace años que “la tecnología de Internet no debe considerarse una nueva forma de esfera pública. El reto consiste en comprender cómo el futuro en red puede ser distinto de lo que hemos conocido” (1995). Por su parte, el propio Habermas, reconociendo las virtudes igualitarias y el efecto subversivo de Internet sobre cualquier régimen de autoridad, asumía que “la intercomunicación horizontal y desformalizada debilita los logros de las esferas públicas tradicionales”, y que en un medio donde prima el descentramiento de los accesos a aportaciones no editadas, “las aportaciones de los intelectuales pierden la fuerza que antes

tenía de constituir un foco de atención” (2009, p. 59). Los medios digitales actuales han hipertrofiado la pérdida de legitimidad y confianza que venían sufriendo los mecanismos tradicionales de formación de la opinión pública y de certificación de la autoridad intelectual y de la calidad del texto. El fenómeno ha sido además facilitado por la popularización de la cultura y la sociedad del espectáculo, que precedieron coherentemente la emergencia de la posverdad y las *fake news*. Podemos preguntarnos entonces si las profundas transformaciones estructurales de la comunicación pública y de la circulación de información han producido tales nuevas formas de intervención social que no permiten ser ya representadas con el término intelectual, y si todo el caudal crítico y la tradición contestataria asociada a él desde finales del siglo XIX resultan ya inservibles. La constatación, sin embargo, de lo que ocurre en la arena pública y el debate ciudadano, si hablamos del comportamiento de esas figuras hoy día, no nos ofrece quizá un paisaje tan anémico. Dice César Rendueles que, a pesar de todo,

la desaparición de la figura del intelectual de nuestro entorno mediático no ha supuesto la destrucción de la función del intelectual. Más bien al contrario, nunca han circulado tantas opiniones vehementes de tono –aunque a menudo no con contenido– «universalista». Nunca hemos tenido un espacio discursivo tan alucinantemente sobrecargado de mensajes movilizadores. El ejemplo evidente son redes sociales como Twitter. (2019, p. 78)

Es decir, no estamos siendo testigos ni habitantes de una era post-intelectual, ni asistiendo a su fase terminal (Debray, 2001), que esté viendo cumplidas las muertes y desapariciones insistentemente predichas, tantas veces por ellos mismos, desde los 80: la ironía de Habermas era preclara cuando en 2006 identificaba “la ocupación preferida de los intelectuales: les gusta demasiado caer en la queja ritual sobre la decadencia del intelectual” (p. 58). Parecería que contrariamente a estas profecías vivimos una reciente hiperinflación de su presencia, una recuperación –si es que alguna vez lo perdió– de su significado social y su vigor participativo *por otros medios*, tanto en canales tradicionales como los novedosos formatos digitales<sup>4</sup>. Unos nuevos espacios y territorios están gestándose a partir de la compleja y no exenta de tensiones confluencia entre los actuales dispositivos digitales y tecnológicos y las formas contemporáneas de convivir y relacionarse en el espacio público, tanto urbano como virtual, y de estos con las persistencias y reacomodos de los modelos tradicionales. Estas experiencias, y sus concomitantes teorizaciones, altamente novedosas algunas y cargadas de incertidumbres y proyectos, están contribuyendo a “generar procesos de subjetivación ligados a otros modos de producción y circulación cultural, que potencialmente pueden generar acciones políticas transformadoras” (David, 2016, p. 148).

La reciente sociología de los intelectuales y una abundantísima bibliografía, académica y generalista que se produce sin descanso, confirma la vitalidad del intelectual y su impenitente aportación, teórica, práctica y crítica, a este proceso en marcha. La redefinición del objeto de investigación obliga a volver, siempre que las condiciones de la reproductibilidad social cambian críticamente, a la discusión sobre caracterizaciones, espacios posibles y modelos de intervención política para el intelectual (Sapiro, 2011). Una sociología de los intelectuales reconstruida (Pecourt, 2016) atestigua que el “espacio de opinión se ha incrementado de forma notable en las últimas décadas, convirtiéndose en una arena compleja

<sup>4</sup> Un ejemplo cercano lo supone la polvareda que levantaron hace unos años en el ambiente cultural español dos textos de intelectuales sobre intelectuales, muy especialmente el segundo. Nos referimos a *El intelectual melancólico* (2011), de Jordi Gracia y *La desfachatez de los intelectuales* (2016), de Ignacio Sánchez Cuenca. Pueden consultarse las numerosas reacciones que provocaron en prensa escrita y digital, entrevistas de radio y televisión y vídeos en YouTube.

y diversificada, y en su interior pueden encontrarse posiciones muy diversas” (p. 356). Más que repetir decretos de muerte y de actual sinsentido, las nuevas distribuciones de la atención, del prestigio y de lo público que operan en nuestras sociedades *on y off line* habrían de partir del abandono de la narrativa del declive en favor de la de transformación (Eyal y Buchholz, 2010, p. 119), y arrojarnos la pregunta acerca de cómo repensar y rearticular nuevas identidades, descripciones y marcos teóricos, y discernir la responsabilidad pública del intelectual hoy. Estos nuevos objetos de análisis, múltiples y heterogéneos -ya sean los tipos sociales, individuales o colectivos, como sus modos de enunciación- desplazan el enfoque desde la figura clásica dreyfusiana hacia un mosaico de intervenciones públicas posibles, pero no implican necesariamente caer en binarismos excluyentes que desautoricen irrevocablemente ligar su vocación crítica y cierta aspiración cognitiva y universalista. “El intelectual específico no pudo deshacerse del intelectual universal” afirma Enzo Traverso (2013, p. 57) después de analizar el poder totalitario del siglo XX, contra el cual clamaba precisamente el militante dreyfusiano, y que décadas después no parece haber sido plenamente sustituido por la analítica microfísica de la diseminación horizontal de los dispositivos de biopoder, modelo de actuación del intelectual específico foucaultiano. Por tanto, la vigencia de una y otra representación ha de ser explorada junto con las nuevas formaciones, tipos y sus mezclas (Dosse, 2019), fruto de mutaciones históricas que han desleído la improbable pureza de cualquier modelo paradigmático. El panorama de posibilidades puede contemplar tanto la presencia de individuos carismáticos, que recogen el legado de la representación tradicional, actuando en los diversos espacios de intervención (sociología de los intelectuales consagrados); la mirada sobre la actuación colectiva<sup>5</sup>, desde una sociología de las comunidades intelectuales; o las más novedosas modalidades y dispositivos de acción intelectual, como sociología de las intervenciones públicas (Pecourt, 2016, p. 349-357; Eyal y Buchholz, 2010)

En este abigarrado panorama transmoderno en que coexisten modernidades, premodernidades y postmodernidades (Rodríguez, 2013, p. 13), los intelectuales migran de lo individual a lo colectivo y traspasan galaxias a velocidades vertiginosas, dejando registro de su presencia en columnas periodísticas de prensa impresa o digital, comentando esas mismas ideas como tertuliano de radio o televisión o publicando comentarios en sus blogs o sus cuentas de redes sociales. Frente a esta variedad de representaciones del intelectual y sus múltiples formatos y registros de intervención, ¿cuáles son las contantes de identidad y función que hacen posible la vigencia del término y su vínculo con sus marcas fundacionales?, ¿cuál es el elemento compartido que legitima que, bajo un contexto de multiplicadas posibilidades de presencia en las transformadas esferas públicas, a un cierto tipo de conocimiento, a sus estrategias de intervención y a sus sujetos de enunciación les sigamos atribuyendo valor y función como “intelectuales”? Propongamos pues, brevemente formulado, que es todavía hacer participar a la verdad en el juego de la conflictividad

---

<sup>5</sup> La noción de intelectual colectivo debe a Pierre Bourdieu su incitación principal, cuando demandaba la necesidad redes críticas que trabajaran en la difusión de herramientas para defenderse contra el discurso del poder dominante y una reinención política entendida de manera colectiva, con la creación de las condiciones sociales necesarias para una producción colectiva de utopías realistas (Oslender, 2007, p. 352). Movimientos como el *Nuit Debout* francés (Bantigny, 2017), el 15M español (Pastor, 2016) o el Foro Social Mundial y estaciones de radio y canales de televisión radicales (Oslender, 2007), recogen esta noción para pensar movimientos sociales que producen saberes y teorías, independientemente de los grandes nombres. Estos grupos, cuyo capital simbólico es acumulativo, y no depende del carisma prominente de una individualidad, tienen desde luego antecedentes conocidos, como la Liga de los Derechos Humanos, consecuencia del caso Dreyfus, las distintas Asociaciones de Escritores y Artistas Revolucionarios o las propias vanguardias artísticas politizadas (Sapiro, 2011, p. 142). También la Liga de Educación Política, fundada en 1913 en torno a Ortega y Gasset.

democrática el elemento común que nos permitiría aferrar esta figura. Pero surge entonces otra dificultad, pues, nuestras sociedades (post/trans) modernas, abiertas, multiculturales y digitales, ¿necesitan aun de aquellos que se arrogaron la tarea histórica de decir la verdad, para que los nuevos espacios y experiencias de lo público perseveren en su condición de democráticos? Es decir, ¿necesita la democracia, constitutivamente plural y crítica, de la verdad para que funcione, o es el terreno post-factual y posverdadero ya la única arena política practicable? Las relaciones entre verdad y democracia han sido conflictivas desde los mismos inicios de la modernidad liberal y revolucionaria, pues, en cierto modo, la democracia ha podido ser entendida como la negativa a aceptar ninguna fuente exclusiva y autoritaria de verdad que suministrara respuestas definitivas a las preguntas por la mejor forma de convivencia, o precisamente la democracia consistía en una cultura política y una praxis social vertebradas alrededor del conflicto entre las diferentes fuentes de verdad y los diferentes métodos para llegar a ella (Rosenfeld, 2019a, 2019b, 2020). Sin embargo, este dilema central de la apertura democratizadora de la modernidad fue siendo controlado, como hemos expuesto, por élites expertas e intelectuales que racionalizaron los mecanismos de acceso a la discusión pública, convirtiendo cada vez más en dominio propio esta gestión política de la verdad, e imponiendo su autoridad epistémica y discursiva frente un público más amplio, aun a riesgo de limitar precisamente la democracia (Bell, 2019). La amenaza de impracticabilidad, en estas condiciones de restricción especializada del discurso, del que habría de ser uno de los elementos sobre los que descansa el proceso democrático, la toma popular de decisiones, habría alimentado una contranarrativa: la idea de que el pueblo ha sido desposeído epistémicamente y privado de un liderazgo político natural arraigado en un sentido común de la vida social. Como sugiere Rosenfeld (2020), los efectos de posverdad de esta trayectoria sobre la importancia de la verdad para la democracia, han sido resultado de “los esfuerzos de una u otra de estas cohortes epistémicas, expertas o populares, por monopolizarla, sacarla de la esfera pública contenciosa y acaparar el poder que se deriva de tener el derecho exclusivo a definir lo que cuenta como verdad y lo que no”. La consecuencia es que la democracia se está viendo hurtada de la que es, quizá paradójicamente, una base necesaria de comunicabilidad e incluso su condición ética de posibilidad: el compromiso de encontrar una forma común de ver y hablar sobre el mundo, un fundamento de confianza interpersonal que habilite la interlocución y el diálogo inteligible, un marco de expectativas realizables para obtener resultados de un debate serio, un conjunto mínimo de principios y hechos compartidos (empíricos y morales) sobre el mundo en general y un acuerdo básico sobre los procedimientos para generar las convicciones sociales sobre ellos. Si una exposición y representación verdadera de la realidad es una exigencia para justificar la toma de decisiones políticas en democracia (Ansuátegui, 2021, p. 54), los efectos de posverdad suponen la ruptura del acuerdo implícito sobre el lenguaje desde el que se construye(n) la(s) verdad(es) y la corrosión de los puentes sobre los que se edifica la deliberación pública. El resultado es la tendencia a una estructura de comunicabilidad fallida donde la incapacidad para el contacto argumentativo y la disolución de los vínculos comunicativos sitúan a la polarización como modelo de interacción social (Simón, 202; Rodríguez, 2023). La verdad, ni dogmática ni imperialista ni patriarcal, sino liberadora, es importante para la democracia, pues no se trata solo de un asunto epistémico, sino que es también cuestión moral y problema político de primer orden (Pérez, 2021). La verdad sigue siendo crucial en y para una esfera pública democrática transformada, y en aras siempre de democratizarse y transformarse aún, pero no como propiedad excluyente de élites intelectuales, ni tampoco como hechos alternativos fabricados por los juegos del lenguaje posverdadero de discursos populistas que niegan la autoridad epistémica contrastada. No se trata aquí de elaborar una teoría de la verdad ni entrar ahora en esta compleja discusión. Asumir un cierto carácter no dogmático y

provisional de la verdad desde las ciencias naturales y sociales y desde la discusión axiológica no habría de abrogar la necesaria referencia a un límite epistémico de validación factual objetiva en la conformación de la aceptabilidad de los enunciados, especialmente cuando estos se refieren a la realidad empírica, pero también cuando el empeño es establecer mínimos morales para una ética intercultural y universalista, con pretensiones de validez en una sociedad global. La verdad con valencia política democrática no debería ser capturada por el privilegio de expertos que neutralicen el debate y el pensamiento crítico, teniendo como herramienta ultimadora la constatación procedimental de hechos verificables, por mucho que esta sea necesaria. Estas posiciones siguen ubicando el ideal normativo del ciudadano ilustrado como modelo regulativo de buena democracia, minimizando las consecuencias teóricas del giro afectivo y las manifestaciones de una realidad social cada vez más motivada políticamente por las emociones. Con el riesgo además de naturalizar el orden político existente. Pero tampoco la verdad debe ser disuelta en una cuestión solo de opinión, que mine la autoridad cognitiva y moral de todo hecho en favor de posiciones particulares equipolentes, que funcionan como islas autorreferenciales habitadas por personas que desconfían de los otros y cuya legitimidad autoconfirmativa recae en un emocionalismo extremo. Inoperantes de este modo los fundamentos fácticos o referentes comunes que hacen posible el diálogo, incluso la misma idea de lo político en democracia es puesta en entredicho. Entendemos que la busca y defensa de un mínimo de valor ético universal y de la objetividad insoslayable de la empresa científica (ajena a perversos negacionismos) habrían de ser el criterio que permitiría dilucidar responsabilidades políticas y morales por las consecuencias que se derivan de lo que se dice o escribe en la actual esfera pública. Muy especialmente esto concierne a lo que asume como intervención pública con pretensión de relevancia política el intelectual hoy. Ella o él, como individuo, colectividad o grupo, pueden seguir asumiendo la responsabilidad de movilizar la controversia, de abrir nuevos temas para el debate y alimentar, con su impugnación del poder, el diálogo democrático y la apertura de espacios para la construcción de afectividades de respeto, convivencia y paz.

Si las respuestas a estas las preguntas por la importancia de la verdad para la democracia pueden contestarse, aun si fuera tímidamente, de forma positiva, entonces nunca como ahora necesitamos de quienes acojan como función de su tarea pública, en sus múltiples modalidades, seguir diciéndole la verdad al poder: “La dominación, la opresión, la injusticia, no han desaparecido. No se podría vivir en el mundo si nadie que las denunciara” (Traverso, 2013, p. 60). Es este un compromiso, quizá inaplazable en tiempos de posverdad, para aquellas y aquellos que todavía siguen queriendo asumir el riesgo de llamarse intelectuales. Y entre estos, la verdad también, en definitiva, puede y debe seguir funcionando como vara de medir para saber distinguir entre esos dos únicos tipos de intelectuales que confronta la profesora Bernárdez (2016): “los que trabajan por un mundo más justo e igualitario, y los que lo hacen para defender los intereses de las élites”.

## REFERENCIAS

- Altamirano, C. (2013). *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno.
- Alzola, A. (2019). El combate contra las fake news; intelectuales en la era de la posverdad. *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, 23, 9-20. Doi: 10.1344/astrolabio2018.22.9



- Anderson, P. (2003). Neoliberalismo: un balance provisorio. En Sader, E. y Gentili, P. (eds.). *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*. CLACSO.
- Ansuátegui, F. J. (2021). Democrazia e post-verità. *Ordines*, 1, 48- 62.
- Bantigny, L. (2017). Intelectuales, función crítica y relaciones con el poder. *Viento sur*. <https://vientosur.info/intelectuales-funcion-critica-y-relaciones-con-el-poder/>
- Bell, D. A. (2019). An Equal Say. Where does truth fit into democracy?. *The Nation* <https://www.thenation.com/article/archive/david-bell-democracy-and-truth/>
- Bernárdez, A. (2016). El intelectual mediático. *Ctxt*. <https://ctxt.es/es/20160504/Firmas/5842/>
- Blatt, R. (2018). *Historia reciente de la verdad*. Madrid. Turner.
- Carter, K. (2019a). Democracy and Truth: An Interview with Sophia Rosenfeld. *Age of Revolutions*. <https://ageofrevolutions.com/2019/06/10/democracy-and-truth-an-interview-with-sophia-rosenfeld/>
- Charle, Ch. (2003). Nascimento dos intelectuais contemporâneos (1860-1898). *História da Educação*, 7(14), 141-156. <https://seer.ufrgs.br/index.php/asphe/article/view/30225>
- Chotiner, I. (2019b). Does Democracy Need Truth?: A Conversation with the Historian Sophia Rosenfeld. *The New Yorker*. <https://www.newyorker.com/news/q-and-a/does-democracy-need-truth-a-conversation-with-the-historian-sophia-rosenfeld>
- Cortina, Adela (1996). *Ética mínima. Introducción a la filosofía práctica*. Madrid. Tecnos.
- Dahlgren, P. (2018). La participación en línea en la esfera pública. Las ambigüedades del afecto. *Inmediaciones de la comunicación*, 13(1), 25-47. <https://doi.org/10.18861/ic.2018.13.1.2824>
- David, M. (2016). Aproximación a la esfera pública contemporánea: habilitaciones desde la producción cultural. *Revista Encuentros*, 14(2), 141 – 157. <http://dx.doi.org/10.15665/re.v14i2.367>
- De Moraes, D. (2018). Intelectuales mediáticos, las voces cómplices del sistema. *América Latina en movimiento*. <https://www.alainet.org/es/articulo/194795>
- Debray, R. (2001). Muerte de un centenario: el intelectual. *El País*. [https://elpais.com/diario/2001/06/03/opinion/991519210\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2001/06/03/opinion/991519210_850215.html)
- Dennett, D. (2006). Posmodernismo y verdad. *Sin Permiso*, 1, 217-228.
- Dosse, F. (2009). El intelectual debe estar entre el laboratorio y la plaza pública. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/dialogos/21-121957-2009-03-23.html>
- Eagleton, T. (1999). *La función de la crítica*. Barcelona. Paidós.
- Eyal, G. y Buchholz, L. (2010). From the Sociology of Intellectuals to the Sociology of Interventions. *Annual Review of Sociology*, 36, 117-137.
- Ferraris, M. (2019). *Posverdad y otros enigmas*. Madrid. Alianza.
- Figueiras, R. (2012). Intellectuals and Social Networks: New Media, Old Tradition. *MATRIZes*, 6 (1), 145 -160. <http://dx.doi.org/10.11606/issn.1982-8160.v6i1-2p145-160>
- Fortanet, J. (2010). Dos modos de concebir la labor intelectual. Foucault y Rorty. *Isegoría*, 42, 215-229. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2010.i42.692>
- Foucault, M. (2000). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid. Alianza.
- Fraser, N. (1990). Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy. *Social Text*, 25/26, 56-80. [https://carbonfarm.us/amap/fraser\\_public.pdf](https://carbonfarm.us/amap/fraser_public.pdf)
- García, G. M<sup>a</sup>. (1994). Historia y crítica de la opinión pública. Una aproximación». *AULA*, VI, 197-206. <https://doi.org/10.14201/3355>
- Gros, F. (2000). Foucault y la función del intelectual. Un jansenismo político. *Lógoi. Revista De Filosofía*, 3, 25–37. <https://doi.org/10.62876/lr.v0i3.488>

- Habermas, J. (1981). *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la esfera pública*. Barcelona. Gustavo Gili.
- Habermas, J. (1985). La esfera de lo público. *Dialéctica*, 10(17), 123-130.
- Habermas, J. (2009). *¡Ay, Europa! Pequeños escritos políticos*. Madrid. Trotta.
- Hall, Ch. (2007). Recognizing the Passion in Deliberation: Toward a More Democratic Theory of Deliberative Democracy. *Hypatia*, 22(4), 81-95.
- Hill, P. (2013). Truth-Telling and Intellectual Activism. *Contexts*, 12(1). <https://doi.org/10.1177/153650421347624>
- Hyvönen, A.-E. (2022). Platforms of Post-Truth: Outlines of a Structural Transformation of the Public Sphere. En McGlinchey, S.; Lin, L. S. F.; Selin Balci, Z. y Vernon, P. (eds.) *Global Politics in a Post-Truth Age*. Bristol. E-International Relations Publishing. <https://www.e-ir.info/publication/global-politics-in-a-post-truth-age/>
- Jameson, F. (2004). *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*. Barcelona. Gedisa.
- Jennings, J. (2002). Deaths of the Intellectual: A Comparative Autopsy. En Small, H. (ed.). *The Public Intellectual*. Oxford. Blackwell Publishers.
- Jiménez Cataño, R. (2020). No ceder a la tentación de la posverdad. Coloquio con Carlos Pereda. *Open Insight*, 11(21), 13-29. <https://doi.org/10.23924/oi.v11i21.381>
- Keren, M. (2015). Intellectual Discourse Online. En Keren, M. y Hawkins R. (eds.). *Speaking Power to Truth. Digital Discourse and the Public Intellectual*. Alberta. AU Press, Athabasca University.
- Lazzarich, D. (2012). La democratizzazione della sfera pubblica al tempo di internet. En Arienzo, A. y Lazzarich, D. (eds.). *Vuoti e scarti di democrazia. Teorie e politiche democratiche nell'era della mondializzazione*. Napoli. Edizioni Scientifiche Italiane.
- McIntyre, L. (2018). *Posverdad*. Madrid. Cátedra.
- Nicolás Marín, J. A. (2019). Posverdad: cartografía de un fenómeno complejo. *Diálogo Filosófico*, 105, 302-340. <https://dialogofilosofico.com/index.php/dialogo/article/view/159>
- Oliverio, S. (2016). La democrazia come educazione e l'epoca della post-verità. *Civitas educationis. Education, politics and culture*, V (2), 107-126.
- Oslender, U. (2007). ¿La resurrección del intelectual público? Nuevos espacios de Intervención pública y el intelectual colectivo. *Tabula Rasa*, julio-diciembre, 341-355. <https://doi.org/10.25058/20112742.318>
- Pastor, J. (2016). Intelectuales, movimientos y medios. *Ctxt.* <https://ctxt.es/es/20160511/Firmas/6010/>
- Pecourt, J. (2007). El intelectual y el campo cultural. Una variación sobre Bourdieu. *Revista Internacional de Sociología*, 47, 23-43. <https://doi.org/10.3989/ris.2007.i47.51>
- Pecourt, J. (2016). La reconstrucción de la sociología de los intelectuales y su programa de investigación. *Papers: revista de sociología*, 101(3), 339-361. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers.2165>
- Pena, P. (2019). *Fábrica de mentiras. Viagem ao mundo das fake news*. Lisboa. Objetiva.
- Pérez Tapias, J. A. (2016). ¿Intelectuales? Ciudadanos que opinan. *Ctxt.* <https://ctxt.es/es/20160504/Firmas/5865/Tribuna-Jos%C3%A9-Antonio-P%C3%A9rez->
- Pérez Tapias, J. A. (2020). Y Trump se ahogó en su posverdad. Sobre el valor político de la verdad. *Ctxt.* <https://ipaz.ugr.es/miradas-al-mundo-sesion-no-105-posverdad-y-teoria-economica-en-tiempos-de-incertidumbre/>
- Peters, M. A. (2017). Education in a post-truth world. *Educational Philosophy and Theory*. Doi: 10.1080/00131857.2016.1264114

- Picó, J. y Pecourt, J. (2008). El estudio de los intelectuales: una reflexión. *REIS*, 123, 35-58. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.123.35>
- Poster, M. (1995). The Net as a Public Sphere? *WIRED*, 1. <https://www.wired.com/1995/11/poster-if/>
- Prochasson, Ch. (2003). Sobre el concepto de intelectual. *Historia Contemporánea*, 27, 799-811.
- Quintana, I. (2018). Práctica del intelectual más allá del saber: Lyotard, Foucault, Blanchot. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 59, 425-446. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2018.059.04>
- Rendueles, C. (2019). Ovejas con piel de lobo: intelectuales orgánicos tras la Gran Recesión. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, 58, 70-80. <https://hdl.handle.net/10550/75120>
- Rendueles, C. y Sábada, I. (2014). La hipótesis ciberpolítica: una aproximación crítica. *Documento social*, 173, 95-116.
- Rodríguez Magda, R. M. (2013). Transmodernidad: un nuevo paradigma. *Anthropos: cuadernos de cultura crítica y conocimiento*, 241, 13-23
- Rodríguez Sáez, A. (2023). La cuestión abierta de las tres P: polarización, populismo y posverdad en perspectiva emotivista. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 69, 1-11. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2023.69.09>
- Rosenfeld, S. (2020). Why truth matters for democracy. *ABC*. <https://www.abc.net.au/religion/sophia-rosenfeld-why-truth-matters-fordemocracy/11629714>
- Said, E. W. (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona. Paidós.
- Sapiro, G. (2011). Modelos de intervención política de los intelectuales. El caso francés. *Prismas. Revista de historia intelectual*, 15, 129-154. [https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Sapiro\\_prismas15](https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Sapiro_prismas15)
- Simón, P. (2021). La verdad en democracia. *infolibre.es*. <https://ipaz.ugr.es/miradas-al-mundo-sesion-no-105-posverdad-y-teoria-economica-en-tiempos-de-incertidumbre/>
- Subirats, E. (2021). Besieged Existence. En Subirats, E. y Britt, Ch. *Intellectuals in the Society of Spectacle*. Cham. Palgrave Macmillan.
- Traverso, E. (2013). El intelectual crítico no ha muerto: entrevista con Enzo Traverso. *Nueva Sociedad*, 245, 54-69. <https://nuso.org/articulo/el-intelectual-critico-no-ha-muerto-entrevista-de-regis-meyran/>
- Velasco, A. (2014). *Aspectos epistemológicos, hermenéuticos y políticos de la diversidad cultural*. México. Universidad Nacional Autónoma de México
- Velasco, J. C. (2022). En las antípodas de la democracia: la propaganda populista en la era digital. *Dilemata, Revista Internacional de Éticas Aplicadas*, 38, 59-67. <https://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/412000496>
- Wagner, A. (2023). Deliberación, polarización y posverdad. Repensar la responsabilidad en la sociedad digital. *Quaderns de filosofia*, x(2), 51-67. Doi: 10.7203/qfia.10.2.26616
- Winner, L. (2000). Los Mitos Ciberlibertarios y sus prospectos para la comunidad. *Contexto educativo: revista digital de investigación y nuevas tecnologías*, 4. <https://bit.ly/3i16ePU>
- Winner, L. (2003). Internet y los sueños de una renovación democrática. *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 28, 55-71. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2003.i28.506>